



# Servei de Documentació

Unió de Religiosos de Catalunya • Centre de Vida Religiosa i Espiritualitat

Plaça d'Urquinaona, 11, 2n 2a (08010 Barcelona) Tel. 93 302 43 67 sec.general@urc.cat - urc.info@gmail.com

|              |   |          |
|--------------|---|----------|
| <b>Autor</b> | H. Miquel Martín Rodrigo, Germans de Sant Joan de Déu                                       | <b>3</b> |
| <b>Títol</b> | "Tened siempre caridad"   |          |
| <b>Data</b>  | 10 de noviembre de 2012, dissabte   |          |
| <b>Font</b>  | VIII Jornada Grup Sant Jordi de promoció i defensa dels drets humans, celebrada a Barcelona |          |

## Tened siempre caridad...



### I.- INTRODUCCIÓN

Ante todo deseo agradecer muy sinceramente a quienes han pensado en mí para poder dirigirme a ustedes en este foro tan cualificado. Personalmente lo dirijo a Marcel.Í Joan que fue, en una calurosa tarde de verano, quien contactó conmigo para solicitarme este servicio.

Servicio que acepté desde la ilusión por haber sido elegido para el mismo por personas de las que me consta su aprecio y que confiaban abiertamente en mi capacidad para poderlo llevar a cabo. Se cubría con ello una sana autoestima que nunca es bueno desechar, quizá por aquello de que "la caridad bien entendida empieza por uno mismo". Pero servicio que acepté, al mismo tiempo, no diría yo desde el miedo, pero sí desde un cierto respeto por la importante tarea que se me encomendaba.

En primer lugar por el tema que se me pedía desarrollar. La caridad. ¡¡Ahí es nada!! Me recordaba aquel anuncio televisivo de años ha cuando se invitaba a la participación ciudadana en un concurso de redacción y, con unas imágenes marinas de fondo, una voz en off decía: "El mar, la mar... ¡qué gran tema para hablar!". Pues algo así sentía yo con la propuesta que se me hacía. La caridad, el inmenso mar de la reflexión teológica y de la acción pastoral que ella abarca, se situaba frente a mí. Apasionante. Pero, al mismo tiempo, inquietante.

Dejé muy claro a Marcel desde un principio, porque eso sí que yo lo tenía muy asumido, que no estaba en condiciones de elaborar un tratado de teología fundamental sobre el tema porque mis conocimientos distan mucho de esa posibilidad. Y rápidamente Marcel me ratificó en ello. No era un estudio teológico lo que se me pedía cuanto un acercamiento más en clave pastoral al tema.

Otro de los "respetos" que me invadía era el de compartir mi aportación docente con quien en su día fuera mi insigne profesor de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Comillas, allá por el año 1982-83. Un hombre del

que siempre admiré tanto el acervo de conocimientos que tenía sobre la materia que impartía como por la claridad pedagógica con la que lo hacía. También tuve la oportunidad de conocer y saludar a su hermano José Sebastián, ya fallecido, quien fuera Nuncio en Panamá cuando ocurrió el episodio del Presidente Noriega pidiendo asilo en dicha Nunciatura.

Pues bien, en medio de esta mezcla de reto, ilusión, respeto comienzo a desarrollar mi aportación.

## **II.- CUANDO EL LENGUAJE NOS TRAICIONA, O EL MOVIMIENTO PELIGROSO DE LA SEMÁNTICA**

Siempre se ha dicho que el lenguaje es un elemento vivo que crea y elimina significantes en función de las necesidades de comunicación que vehicula, que introduce nuevas palabras en el torrente comunicativo de la sociedad, que excluye otras que dejan de utilizarse, que algunas otras se cargan de un significado distinto al que en un principio se le asignaba.

Uno de estos significantes podría ser el de “caridad”. Hoy resulta imposible pronunciar este vocablo sin que inmediatamente haya que acompañarlo de un cortejo de explicaciones que intenta resituar el auténtico significado del término. Y, a veces, por no perder tiempo en semejantes complicaciones pasa uno a la utilización de otros inicialmente más cercanos o, quizá mejor, inicialmente menos distantes del genuino significado que deseamos transmitir.

Algo parecido nos ocurre con otro término, por otro lado para mí muy entrañable, como es el de “hospitalidad”. En una conferencia reciente el Prof. Diego Gracia proponía la conveniencia de sustituirlo dada la contaminación sufrida por el mismo (no así, advertía, el también derivado del mismo origen, “hospitalario”).

¿Qué quieren que les diga? A mí, personalmente, me duele cada vez que uno de estos términos entra en crisis y hay que empezar a buscar sinónimos que, aparentemente, están menos contaminados. El valor fundamental que emerge del carisma de Juan de Dios no es otro que el de la hospitalidad. No me resulta fácil buscar otro vocablo que recoja lo que desde niño he ido incorporando tanto a su universo simbólico como a su fondo vital y, por qué no, también sentimental.

“Ubi caritas et amor. Ubi caritas Deus ibi est”. ¿Cómo canjear el vocablo con el que hemos definido la mismísima identidad de Dios, o el mandamiento principal de los creyentes por otro que, a su vez, también tiene una serie de connotaciones propias a veces algo distintas de lo que pretendemos significar?. Hospitalidad es acogida, pero es algo más o, si prefieren, algo más específico, distinto. Caridad no es solidaridad, aunque la implique; es amor, pero ¿existe hoy un vocablo más poliédrico y, en parte, contaminado que el de ‘amor’?.

Y, al final, uno no sabé qué hacer. Porque si el lenguaje es para entenderse habrá que asumir el código más adecuado para esta finalidad. Pero siempre le queda a uno el dolor de estar convencido de que se ha dejado algo valioso en el canje.

Tal vez piensen ustedes que me estoy perdiendo en un terreno de filosofía del lenguaje o de puro nominalismo, cuando para lo que se me ha llamado aquí es para otra cosa mucho menos compleja y, por ello, más práctica. Quizá lleven algo de razón. Pero si he iniciado todo este “excursus” es porque me gustaría, desde el principio, poner en claro lo que yo entiendo por caridad. Y no –ya lo señalé al principio- desde un planteamiento

depurado de un tratado de teología fundamental, que no es lo mío; pero sí desde una síntesis existencial, personal, realizada a lo largo de mi biografía como creyente y como hospitalario criado al calor de la escuela de Juan de Dios.

### III.- HACIA UN ACERCAMIENTO EXPERIENCIAL A LA CARIDAD

Considero que la caridad sólo la podemos comprender desde la experiencia de Dios realizada en nuestra vida. Experiencia llevada a cabo de múltiples formas, en diversidad de contextos y formatos, en formas más o menos llamémosle ortodoxas o heterodoxas, más o menos implícitas o explícitas... Una experiencia de Dios que, habitualmente, viene vehiculizada por otros medios ordinarios como casi siempre Dios se hace presente en la historia del hombre.

Cuentan que un día, en Calcuta, Madre Teresa recogió de la calle a un moribundo, uno más de los muchos que recogía, lo llevó a su albergue y se puso a cuidarlo. Y cuando le sustentaba sobre su pecho para darle un vaso de agua fresca, el enfermo le susurró: **“No sé si existe Dios. Pero si existiera, se parecería mucho a usted”**. Ese buen hombre es más que probable que careciera de una mínima formación teológica pero barruntaba perfectamente desde su experiencia personal lo que tan apenas podemos definir conceptualmente como identidad divina. Madre Teresa ejercía ahí un puente sólido y creíble entre Dios y el hombre. Y por ahí anida la caridad.

En esta misma dimensión, casi cinco siglos antes, Juan de Dios ya la tenía muy clara:

***“Tened siempre caridad, porque donde no hay caridad no hay Dios, aunque Dios en todo lugar está.”***<sup>1</sup>

Hemos pasado mucho tiempo discutiendo la dimensión horizontal y vertical de la espiritualidad cristiana. Hemos pecado frecuentemente por sobrevalorar una en contra de la otra cuando ya, desde la propia Escritura, queda clara la doble configuración de la misma. Paradójicamente, horizontal y vertical constituyen geoméricamente la cruz, símbolo paradigmático de nuestra fe. ¿Sólo geoméricamente?

Por ello conviene apostar por esa doble fidelidad, en realidad una sola fidelidad. La caridad exige experiencia de Dios; la caridad es falsa sin compromiso con los hombres necesitados: ***“Si alguno dice ¡Amo a Dios!, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Jn. 4, 20)***. Aclarada esta conexión conviene no olvidar otra que nos ofrece la misma carta joánica, tan sólo unos versículos antes, cuando dice: ***“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4, 10)***

Y, ratificando esta doble dimensión de la caridad que nos conecta con Dios y con los hombres, recojo la afirmación que en la presentación de un libro del Papa Benedicto sobre “Teología de la Liturgia” hizo uno de los ponentes y que recoge en una de sus conferencias el actual Prefecto para la Doctrina de la Fe, Gerhard Müller:

***“Cuando los monjes descuidaron sus alabanzas a Dios se agrió también la sopa de los pobres”.***<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> “Cartas de S. Juan de Dios”, ed. interna OHSJD, Carta a L. Bautista, nº 15

El propio Benedicto XVI afirmaba con rotundidad la necesidad de no perder esa dimensión teologal de la caridad, sin la cual pierde la identidad cristiana que le es propia. Es preciso enraizar la misma en terreno consistente; la vida en sí misma, y el ejercicio de la caridad cristiana en ella con el compromiso consecuente atravesará, no nos quepa la menor duda, “áridos valles, y barrancos tenebrosos”; no faltarán desde fuera las críticas, los obstáculos, las interferencias, las malinterpretaciones y, con todo ello el “cansancio de los buenos” del que nos hablara Pablo VI. Y desde dentro de cada uno de nosotros también aparecerán los protagonismos, las envidias, los deseos de aparentar...Es necesario, insisto ‘construir sobre roca’ porque, tarde o temprano, ‘soplarán los vientos, se desbordarán los ríos’ y lo que no esté edificado sobre roca se derrumbará.

***“Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos con el servicio caritativo”.<sup>3</sup>***

La caridad es la virtud teologal que nunca desaparecerá. ***“El amor no pasa nunca. Las profecías, por el contrario, se acabarán; las lenguas cesarán; el conocimiento se acabará...En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor”. (1 Cor. 13, 8. 13)***

La caridad es fundamento “sine qua non” de la Iglesia. Es parte del trípode sobre el que se asienta la misma. Benedicto XVI, de nuevo, lo deja meridianamente claro:

***“Practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a su esencia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio. La Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra”... “La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerygma), celebración de los sacramentos (leiturgia) y servicio de la caridad (diakonia)”...“Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia”.<sup>4</sup>***

De ahí que quienes dentro de ella tengamos un papel más significativo en el ejercicio de la caridad, no debamos de minusvalorarnos al confrontarnos con quienes ejercen otro tipo de misiones –el servicio de la Palabra, el culto, la jerarquía...-. Tampoco será correcto el de situarnos por encima de nadie, pero nunca por debajo. Jesús lo tenía muy claro y así se lo advirtió a sus discípulos. Mientras éstos discutían sobre quién sería de entre ellos el más importante, el Maestro sentenció: ***“Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc. 9, 35)***. La primacía en el Reino no se conjuga con el verbo al que tan adictos estamos los hombres como es el de ‘mandar’, sino el de ‘servir’.

No es fácil esta lección de Jesús para todos nosotros, quienes intentamos seguirle. Frecuentemente lo olvidamos y damos inicio a nuestras particulares caminos en busca del prestigio, del reconocimiento humano, y, también, del poder. Desgraciadamente, la Iglesia tampoco es ajena a estas carreras. Cuesta entender posicionamientos personales y planteamientos de vida de personas que, en nombre del Evangelio, nos servimos del

---

<sup>2</sup> Conferencia publicada en Amerindia y recogida por RELIGION DIGITAL (10.IX.12)

<sup>3</sup> Benedicto XVI, “Encíclica “Deus caritas est”, S. Pablo, 2005, nº 37

<sup>4</sup> Benedicto XVI, “Deus caritas est”, o.c. nº 22 y 25)

mismo para objetivos tan mezquinos. Que determinadas ambiciones podamos observarlas en otros ámbitos de actuación (economía, política, cultura...), podemos llegar a comprenderlo; pero que se sitúen en el corazón del grupo de quienes nos llamamos seguidores de Jesús, suponen un auténtico escándalo para los de dentro y para los de fuera. Y no es porque no se tenga clara la primacía del servicio, ni mucho menos, sino porque el “hombre viejo” que existe en cada uno de nosotros nos traiciona en lo que pudieron ser nuestros mejores deseos iniciales.

***“La estructura eclesial es muy consciente de que la Iglesia samaritana no es sólo fundamental desde el punto de vista doctrinal, sino que, sin ella, habría desaparecido”.***<sup>5</sup>

El propio Mons. Nikola Eterovic, Secretario General del Sínodo de los Obispos, el pasado 5 de octubre, en vísperas del inicio del mismo, declaraba a los periodistas presentes en la Sala de Prensa de la Santa Sede:

***“La caridad es un lenguaje universal que todos comprenden y que es un discurso más convincente que muchas, aunque necesarias, reflexiones teológicas”.***<sup>6</sup>

Quizá sería bueno, desde este planteamiento, introducir con más fuerza en el proceso de discernimiento eclesial el concepto, y su consiguiente aplicación concreta, de la “ortopraxis”. Frente a la hegemonía prácticamente absolutista de la “ortodoxia”, urge introducir este otro parámetro de análisis. Sin ello, la tentación del fariseísmo nos acecha por doquier: estrictos en los grandes principios dogmáticos, rígidos en los formulismos rituales de la liturgia, pero frecuentemente marcados por graves lagunas en el planteamiento de un estilo de vida muy alejado del Evangelio en lo que supone el compromiso con el hermano necesitado.

***“La teología de Gustavo Gutiérrez, independiente del ángulo desde el que se mire, es ortodoxa porque es ortopráctica y nos enseña el adecuado actuar cristiano porque procede de la verdadera fe”.***<sup>7</sup>

Y, desde dicho baremo de juicio cabría analizar con la misma exigencia, yo creo que con mayor rigor, muchos de los estilos de vida y de funcionamiento de nuestra vida eclesial que dejan tanto que desear y que, frecuentemente suponen tan gran escándalo en la sociedad.

***“Por esto, pongo encima de la mesa, ya desde el inicio de mi carta, las cuestiones a las que me parece que hay que dar respuesta en la Iglesia hoy y de manera urgente. En primer lugar, el tema de la Iglesia pobre, es decir, el problema de cómo renunciar efectivamente al lujo, al boato, a los títulos y a los privilegios por los que se afanan tantos hombres y estructuras de la Iglesia y cómo interrumpir las relaciones, frecuentemente discutibles, con potencias económicas que gravitan alrededor de la Iglesia y que, a veces, logran condicionar su acción y su gobierno... Hoy, más que una Iglesia pobre entre los pobres, vemos diariamente una Iglesia que necesita vestirse en Armani para celebrar pomposamente la liturgia.”***<sup>8</sup>

<sup>5</sup> Juan M<sup>a</sup> Laboa, entrevista en RELIGION DIGITAL con José M. Vidal, 30.XI.11

<sup>6</sup> Reseña de la rueda de prensa. Agencia ZENIT. Luca Marcolivio, 5.X.12

<sup>7</sup> Conferencia publicada en AMERINDIA, y recogido en RELIGION DIGITAL, 10.IX.12

<sup>8</sup> Carta de Mons. Giuseppe Cassale, Arz. Emérito de Foggia a los PP. Sinodales

#### IV.- CARIDAD EN CLAVE DE HOSPITALIDAD

Señalado sucintamente ya el punto de partida, bien que lejos de un análisis teológico, me propongo estructurar el resto de mi ponencia sobre la caridad en lo que me atrevo a señalar como “en clave de hospitalidad”. Podrán comprobar que la “cabra tira al monte”. Pero es que, además, honestamente considero que es un planteamiento de trabajo que considero correcto y que nos puede ayudar en su presentación.

##### **1.- “Bajaba de Jerusalén a Jericó, y al verlo...”. La caridad ha de ser encarnada, ha de tocar tierra. Mejor, ha de tocar hombre.**

La salvación cristiana pasa inexorablemente por la encarnación del Hijo de Dios. La Palabra se hizo carne, puso su tienda entre nosotros. Desde ese momento la historia humana se convierte en historia de salvación. Y el ser humano que se debate en esa historia se convierte en sujeto agente y paciente de esa misma salvación.

El hombre, y especialmente el hombre necesitado, se convierte en correlato de Dios. Apostar por su suerte, comprometerse con su destino, defender sus derechos, acogerlo en su vulnerabilidad, es parte constitutiva del encuentro con Dios y de colaborar en la construcción de su Reino.

El Beato Juan Pablo II lo dejaba meridianamente claro, cuando en los albores de su ministerio apostólico publicaba su primera Encíclica

***“Aquí se trata por tanto del hombre en toda su verdad, en su plena dimensión. No se trata del hombre «abstracto» sino real, del hombre «concreto», «histórico». Se trata de «cada» hombre, porque cada uno ha sido comprendido en el misterio de la Redención y con cada uno se ha unido Cristo, para siempre, por medio de este ministerio”<sup>9</sup>***

Y continúa el Papa polaco horadando más en la centralidad del hombre concreto:

***“El hombre en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social —en el ámbito de la propia familia, en el ámbito de la sociedad y de contextos tan diversos, en el ámbito de la propia nación, o pueblo (y posiblemente sólo aún del clan o tribu), en el ámbito de toda la humanidad— este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención”<sup>10</sup>***

La parábola del Buen Samaritano (10, 25-37) es, sin duda, el paradigma en el que todo creyente ha de referenciar su posicionamiento ante el hombre y, especialmente, ante el hombre necesitado. Hoy, como entonces, no somos pocos los que ‘damos un rodeo y pasamos de largo’ sin lugar a dudas ocupados por mil compromisos que todos decimos tener. Y entre quienes pasamos de largo, cómo no, también estamos no pocos hombres que nos confesamos cristianos.

Sólo cuando somos capaces de ‘descender de nuestra cabalgadura’ y de arrodillarnos ante el hombre que sufre, estamos en condiciones de acoger, atender,

---

<sup>9</sup> Juan Pablo II, Encíclica “Redemptor Hominis”, 1979, nº 13

<sup>10</sup> Juan Pablo, o.c. nº 14

acompañar; en definitiva comprometernos con este hermano nuestro que nos necesita y hacia el que se nos abre el actuar en auténtica caridad.

***“Necesitamos una espiritualidad de encarnación que nos ayude cada día a amar al otro sabiendo que al ser humano no se lo salva desde fuera, sino desde dentro; y no se lo salva desde arriba, sino desde abajo, como hizo Cristo en su encarnación...Hay que trabajar en la distancia (análisis, estructuras) pero también en la cercanía y sin que el trabajo en la distancia justifique eludir la cercanía”.***<sup>11</sup>

Para ello necesitamos una mirada nueva para, desde lo alto del caballo, descubrir la silueta del hombre necesitado. Y nuestra sociedad moderna, a la que denominamos ‘sociedad de la imagen’ es experta en atiborrarnos de imágenes pero de incapacitarnos para descubrir más allá de ellas la auténtica realidad humana que se esconde detrás. Otro de mis entrañables profesores comillenses, el Prof. José M<sup>a</sup> Fernández-Martos, en su último libro publicado, hacía una de sus punzantes y acertadas afirmaciones:

***“Mirar y ver: una cultura que ve demasiado y mira poco, amenaza al corazón...Esta vorágine del ver es la que nos puede dejar ciegos para mirar”.***<sup>12</sup>

Benedicto XVI lo sintetiza magistralmente cuando dice:

***“El programa de Jesús, el Buen Samaritano, es un corazón que ve”.***<sup>13</sup>

Todos vemos mucho, quizá demasiado. Pero miramos poco. Y sin mirar, pasa por delante de nosotros el misterio del hombre auténtico que tenemos cerca, tal vez al lado, sin percatarnos de las dimensiones de su riqueza y, al mismo tiempo, de la crudeza de su limitación. Las nuevas tecnologías de la comunicación que tantas posibilidades nos abren para el encuentro humano con el otro, más frecuentemente de lo que nos pensamos se convierten en el primer obstáculo para ello. Retengo una afirmación, de la que no recuerdo el autor, que advertía que “las nuevas tecnologías nos acercan a los lejanos y nos alejan de los cercanos”. ¿Está muy descaminada esta aseveración?. De nuevo, Fernández-Martos, esta vez en un libro anterior, aseveraba:

***“El hombre actual –depredador audiovisual- se desliza por las superficies. Nuestra prisa, amante de las máscaras, nos deja en la piel de lo que acontece”.***<sup>14</sup>

El encuentro con el “hombre concreto en su situación concreta” constituye la validación de nuestra presencia, autentifica nuestro compromiso, ratifica la validez del mismo.

La filosofía marxista, conviene recordarlo, ya subrayaba la importancia básica de la infraestructura –‘relaciones de producción’, decía- a la hora de conformar la superestructura, es decir todos aquellos elementos que constituían la filosofía, la religión, la política, etc. Una apuesta clara por situarse en el hondón de la experiencia de los pueblos más desheredados, para desde ahí elaborar la respuesta cristiana a sus

---

<sup>11</sup> Vicente Altaba Gargallo, rev. VIDA NUEVA, nº 2812, agosto 2012, Pliego, p. 26

<sup>12</sup> José M<sup>a</sup> Fernández-Martos, “Cuidar el corazón en un mundo descorazonado”, Sal Terrae, 2012, p. 47

<sup>13</sup> Benedicto XVI, “Deus caritas est”, o.c., nº 31

<sup>14</sup> José M<sup>a</sup> Fernández-Martos, “Sacerdote, puente entre dos orillas”, en “Ser sacerdote en la cultura actual, Sal Terrae, 2010, pg. 90



necesidades y exigencias más genuinas como seres humanos e hijos de Dios, fue la opción básica desde la que partió la llamada “teología de la liberación”.

Y, es cierto, que en el desarrollo de dicha teología pudieron darse situaciones en las que, partiendo de la radicalidad de dicho análisis, se llegaran a propuestas que podían situarse fuera de lo que se entiende por el depósito de la fe. Pero no es menos cierto que sólo desde el conocimiento y el posterior compromiso con dicha realidad se certifica la autenticidad de una teoría y la seriedad de una opción. En este sentido me sorprendió muy positivamente una afirmación, nada más y nada menos, de Mons. Gerhard Müller, ya mencionado con anterioridad, cuando indicaba:

***“Mi estancia en Perú en 1988 no sólo está ligada al seminario con Gustavo Gutiérrez, en el que vi claramente cuál es el punto de partida teológico de la teología de la liberación, sino también al encuentro vivo con los pobres de los que habíamos hablado. Durante algún tiempo vivimos con los moradores de las barriadas pobres de Lima y después también con los campesinos de la parroquia de Diego Irrarazaval en el lago Titicaca...Allí los rostros adquirieron un nombre y se convirtieron en amigos personales, experiencia ésta de Comunión universal en el amor a Dios y al prójimo, lo que debe ser la esencia de la Iglesia católica”.***<sup>15</sup>

Tengo el honor de pertenecer a una institución que nació al calor de un hombre que en la Granada de mediados del siglo XVI en donde, en rica mezcla, convivían moros, judíos y cristianos, reyes y plebeyos, ricos y pobres, inquisidores y heterodoxos, supo mirar con profundidad la realidad del hombre necesitado. Y, tras mirarlo, comprometerse vitalmente con él. Hizo de los pobres y enfermos su proyecto de vida. Hoy, casi cinco siglos más tarde, seguimos en el mismo frente. A buen seguro que a distancia también de la frescura y empuje carismático del fundador, pero trabajando por recrear ese mismo carisma en una sociedad como la nuestra, muy distinta pero muy cercana a aquella en los genuinos problemas que siguen afectando a los hombres nuestros hermanos. Con otros nombres, sigue existiendo la pobreza, la exclusión, la enfermedad.

El marco en el que la Orden Hospitalaria de S. Juan de Dios desarrolla su misión hoy en España es el constituido por 275 Hermanos, 11.400 profesionales y 1.900 voluntarios que, trabajando al unísono atendemos en 53 centros 7.400 camas hospitalarias y 3.400 plazas asistenciales. El centro en el que yo hoy desarrollo mi misión pastoral, la Fundación S. José, por la que pasó Benedicto XVI en su última visita a España en la JMJ 2011, atiende en sus 392 camas, entre otros, a 30 enfermos en Cuidados Paliativos, 45 en Estado Vegetativo Permanente, 50 afectados por daño cerebral potencialmente rehabilitable (32 moderado, 18 severo), y 30 enfermos con enfermedades neuro-degenerativas (ELA, Parkinson, epilepsia refractaria...). El año pasado murieron en nuestro centro 559 personas.

Un marco como éste conlleva una forma de percibir la realidad con toda su riqueza y, al mismo tiempo, su crudeza. Resulta difícil evadirte de ella aun cuando, créanme es posible. El ser humano tiene, tenemos, los suficientes resortes para sobrevolar esa realidad y construirse un nirvana en el que vivir alejado de la misma. Alguna vez, discerniendo posturas personales concretas uno se plantea si no se dan casos en los que cabe preguntarse si “vivimos para los pobres, o a costa de los pobres”. Una pregunta que de forma recurrente no deberíamos de dejar de hacernos quienes nos movemos en estos

---

<sup>15</sup> Conferencia publicada en AMERINDIA y recogida en RELIGION DIGITAL, 10.IX.12



terrenos tan fecundos para la caridad pero tan sibilinos para buscarnos a nosotros mismos. Tentación ésta que nunca abandona al hombre. ¡¡Somos tan complejos!!

Estar al lado del enfermo, del necesitado, siempre ha sido una constante de nuestra institución. Un antiguo Superior Provincial, ya fallecido, nos enseñaba de forma bien pedagógica: “El enfermo es fuego. Si te acercas te quema; si te alejas, te enfría”. Siempre valoré como muy significativo y de una gran sabiduría el mandato que nuestras antiguas Constituciones hacían en referencia a los superiores (en aquellos tiempos Directores también de las obras apostólicas), exigiendo que “al menos un día a la semana ejercieran la hospitalidad de forma directa con el enfermo”. Quien fuera nuestro Superior General, y verdadero profeta de la humanización en el mundo de la salud, Hno. Pierluigi Marchesi escribía:

***“Este ejercicio de escuchar a un enfermo al día os lo recomiendo a cada uno de vosotros. Después de poco tiempo descubriréis que ser anticipadores, hoy, en nuestras obras, significa saber escuchar al enfermo y actuar en consecuencia”.***<sup>16</sup>

Y esa misma cercanía remarcaba el actual Superior General, Donatus Forkan cuando nos señala:

***“El imperativo contenido en la Hospitalidad de S. Juan de Dios es que no debemos apartarnos jamás de la necesidad o del sufrimiento humano”.***<sup>17</sup>

## **2.- “...Y, al verlo, se compadeció”. La caridad, nacida al calor de la compasión**

Otro término éste no sé si maldito, pero puesto hoy en cuarentena semántica en cualquier tipo de proclama social, política y, también religiosa. La compasión queda como un concepto a excluir por cuanto en el inconsciente colectivo viene a representar lo contrario a lo que supone la justicia, los derechos humanos, la solidaridad. Tener compasión de alguien es, así entendida, una actitud lastimera que empobrece a quien la tiene y burla la dignidad del compadecido.

***“No debemos confundir compasión con lástima...La compasión comparte el sufrimiento del otro: padece-con. La lástima participa de la conmoción de la compasión pero desde la distancia existencial del que se sabe lejos de la situación del que sufre. La compasión derriba las asimetrías que pueden darse en la relación ayudador-ayudado. Compadecido y compadecedor se saben igualmente vulnerables. La compasión prevé reciprocidad: «hoy por ti, mañana por mí». La lástima no contempla verse en el lugar del compadecido, la relación que establece con él es asimétrica.”***<sup>18</sup>

Y sentencia de una forma muy rotunda, pero considero que muy acertada, el propio Mèlich:

---

<sup>16</sup> Pierluigi Marchesi, “La Hospitalidad de los Hermanos de SJD hacia el año 2000, ed. OHSJD, Roma, 1986, p.74

<sup>17</sup> Donatus Forkan, “El rostro de la Orden cambia”, ed. OHSJD, Roma, 2009, pg. 29

<sup>18</sup> Joan Carles Mèlich, “Ser-hi. Vers una ètica de la compassió” en “Questions de Vida Cristiana, nº 241 (2011), nº 17 y 24

***“La sociedad neoliberal es muy lastimera y poco compasiva”***<sup>19</sup>

La Historia de la Salvación adquiere un momento cumbre en la compasión de Yahvé ante el pueblo oprimido: **“He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra...El clamor de los hijos de Israel ha llegado a mí y he visto cómo los tiranizan los egipcios”**. (Ex. 3, 7-9). Y, todo el resto del AT no será sino una constante infidelidad del pueblo, la caída del mismo en desgracia, en cautiverio, en exilio, y un nuevo ejercicio de compasión por parte de su Dios, cuya grandeza se manifiesta especialmente en su misericordia (“Dives in misericordia”).

¿Qué son los Evangelios sino una concatenación de momentos de compasión de Jesús ante las personas enfermas, ciegas, limitadas y ante las multitudes “que andaban como oveja sin pastor”?

***“La primera mirada de Jesús no se dirige al pecado del ser humano sino a su sufrimiento. El contraste con Juan el Bautista es esclarecedor. Toda la actividad del Bautista gira en torno al pecado: denuncia los pecados del pueblo, llama a los pecadores a la penitencia...pero no se acerca a los enfermos, no toca la piel de los leprosos, no abraza a los niños en la calle...Para Jesús, el gran pecado contra el Proyecto de Dios consiste, sobre todo, en resistirnos a tomar parte en el sufrimiento de los otros encerrándonos en nuestro propia bienestar”***.<sup>20</sup>

Y en otro momento de su espléndida intervención apelará a la compasión como categoría de intervención política y afirmará con rotundidad:

***“Ha llegado el momento de recuperar la compasión como la herencia decisiva que ha dejado Jesús a la humanidad, la fuerza que ha de impregnar la marcha del mundo, el principio de acción que ha de mover la historia hacia un futuro más humano”***<sup>21</sup>

Compasión es el ejercicio de mayor hondura y calado humano que cabe en el encuentro con la persona que sufre, que padece. Desde ese encuentro con la realidad que preconizaba en el punto anterior tan solo cabe desde el prisma cristiano el ejercicio de la compasión. Es el primer sentimiento que tuvo el Buen Samaritano: ***“...y al verlo, se compadeció...”*** (Lc. 10, 33).

Me resultó muy significativo que en el Mensaje del XXXII Congreso de Teología celebrado el pasado mes de septiembre en Madrid apareciera, y con especial fuerza expresiva, la importancia de la compasión nada menos que como principio de actuación:

***“Como cristianas y cristianos nos comprometemos a: recuperar la herencia de Jesús, que se caracteriza por la opción por los excluidos y marginados, la compasión como principio de actuación y la afirmación de la autoridad de los que sufren”***.<sup>22</sup>

---

<sup>19</sup> Joan Carles Mélich, o.c. 17

<sup>20</sup> José A. Pagola, Ponencia conclusiva del XXXII Congreso de Teología, Madrid, 6-9.IX.12

<sup>21</sup> José A. Pagola, Ponencia conclusiva..., o.c.

<sup>22</sup> Mensaje final del XXXII Congreso Nacional de Teología, Madrid, 6-9.IX.12

La compasión es el punto de arranque de la gran obra hospitalaria que llevará adelante Juan de Dios. Recluido éste en el Hospital Real de Granada, en el que es tratado como uno más de los locos allí acogidos, en el interior del santo se comienza a gestar su obra:

***“Y viendo castigar a los enfermos que estaban locos con él decía: ‘Jesucristo me traiga a tiempo y me dé gracia para que yo tenga un hospital, donde pueda recoger los pobres desamparados y faltos de juicio, y servirles como yo deseo’”.***<sup>23</sup>

Compasión que constantemente aparecerá en el ejercicio de la hospitalidad que Juan de Dios llevará adelante:

***“Habéis de saber que el otro día, cuando estuve en Córdoba, andando por la ciudad, encontré una casa con grandísima necesidad; vivían allí dos muchachas, con el padre y la madre enfermos en la cama, paralíticos hacía diez años; tan pobres y mal cuidados los ví que me quebraron el corazón. Estaban desnudos, llenos de piojos, y acostados sobre unos haces de paja. Los socorrí con lo que pude, pero no los atendí como yo hubiera querido, pues tenía que tratar con el Maestro Avila y andaba de prisa”.***<sup>24</sup>

A lo largo de toda la historia de la caridad en la vida de la Iglesia, la compasión será el hilo conductor de cuantos proyectos y actividades se han llevado a cabo para su desarrollo. Así lo señala Juan M<sup>a</sup> Laboa en su último libro:

***“La fuerza de quienes han entregado y siguen entregando su vida a los más necesitados es la compasión”.***<sup>25</sup>

En medio de una sociedad en pleno desarrollo económico, industrial, científico y con la creación del Estado del bienestar, todos habíamos caído en la tentación de pensar que la pobreza, el sufrimiento, la exclusión eran reductos a punto de ser vencidos, derrotados. Era una pura cuestión de tiempo. Y el tiempo, desgraciadamente, nos vuelve a recordar que la limitación y contingencia del ser humano, su extrema vulnerabilidad va más allá de los aspectos externos en los que éste se desenvuelve en la vida. La vulnerabilidad a todos los niveles (físico, psicológico, social y espiritual) no es algo coyuntural en la experiencia humana, sino algo constitutivo de la misma.

***“El ser humano es un ‘homo patiens’, un ser que padece...siempre que está la condición humana aparece el sufrimiento; estamos hechos de una forma que nos imposibilita la entrada en el paraíso, pero que, en cambio, no evita el descenso al infierno o, como dice J. Conrad, al ‘corazón de las tinieblas’...Hay un sufrimiento estructural a todos los seres humanos, un sufrimiento que va del brazo con nuestra condición finita y mortal”***<sup>26</sup>

El hombre, que se cree autor y protagonista de su propia historia, olvida que ni el guión de la misma, ni en buena parte el escenario en el que la representa, y por supuesto, el desenlace de ella, le pertenecen en su mayor parte.

<sup>23</sup> Francisco de Castro, “Historia de la Vida y santas obras de Juan de Dios”, en M. Gómez Moreno, “Primicias Históricas de S. Juan de Dios”, ed. OHSJD, Madrid, 1950, p. 52

<sup>24</sup> “Cartas de S. Juan de Dios”, ed. Interna OHSJD, Carta 1<sup>a</sup> a Duquesa de Sesá, nº 15

<sup>25</sup> Juan M<sup>a</sup> Laboa, “Por sus frutos los conoceréis. Historia de la caridad en la Iglesia”, S. Pablo, 2011, pg. 360

<sup>26</sup> Joan Carles Mèlich, o.c., pg. 11 y 12

***“Vulnerabilidad. Somos más aquello que nos pasa que lo que hacemos o decidimos, son más las contingencias y el azar que las planificaciones”***<sup>27</sup>

Y no sólo es el hombre el vulnerable. La sociedad constituída por él, es más, la propia naturaleza hablan todas ellas el mismo lenguaje de la vulnerabilidad, de la limitación...La vida resulta un ejercicio arriesgado sobre el alambre en el que durante no pocos tramos andamos sin red protectora, aunque muchas veces no queramos darnos cuenta de ello.

***“La fragilidad de la sociedad se traduce en que la incertidumbre se impone sobre los destinos individuales. Las trayectorias vitales son cada vez más caóticas y discontinuas, truncadas por acontecimientos perturbadores: la emigración, la ruptura familiar, la degradación profesional, la pérdida del empleo, la soledad... La economía está regida por la férrea ley de la competencia, sectores industriales enteros desaparecen, la solidaridad parece sepultada por los particularismos, el vínculo social se afloja, la pobreza y la exclusión se convierten en el destino de un número creciente de individuos. Se extiende así un sentimiento general de incertidumbre y desprotección”.***<sup>28</sup>

De ahí que la compasión resulte una actitud esencial del creyente ante la vida, en realidad del hombre que vive con madurez la vida. Lejos de ser un desprecio hacia la dignidad del ser humano, abandonado a su suerte, es la clave para un posicionamiento sensato y comprometido a la hora de situarse en la vida desde una perspectiva adulta y trascendente. L. Boff sitúa la compasión a la altura de otra de las actitudes esenciales ante la vida:

***“Junto con el perdón viene la capacidad de compasión, una de las características más nobles del espíritu. Compasión, tan necesaria ante el océano de sufrimiento en el que están sumergidas la Humanidad y la Madre Tierra, es asumir el lugar del otro, no dejarle sufrir solo, ofrecerle un hombro, tenderle una mano, llorar con él y ponerse solidariamente a su lado en el mismo camino”.***<sup>29</sup>

Pero la compasión, que supone un primer momento de conocimiento de la realidad, implica posteriormente otro en el que se hace cargo de ella. Ignacio Ellacuría, basándose en su maestro Zubiri, desarrolla el concepto de “inteligencia sentiente” en los tres paradigmáticos momentos del auténtico conocimiento de dicha realidad: el de hacerse cargo de la realidad (momento noético), el de cargar con la realidad (momento ético), y el de encargarse de la realidad (momento práxico) (cfr. José Laguna, “Hacerse cargo, cargar y encargarse de la realidad. Hoja de Ruta Samaritana para otro mundo posible”, cuadernos “Cristianisme i Justícia”, nº 172, febrero 2011))

Una compasión que se quedara en el primero de los momentos quedaría plenamente descartada como actitud humana y cristiana válida y aceptable. Se quedaría en simple lástima. Nuestro mundo, nuestra Iglesia, nuestras instituciones, nosotros mismos en tantas ocasiones, estamos llenos de análisis y pronósticos, de proyectos y pautas de acción. Pero más frecuentemente de lo que nos parece, todo ello se queda en ese primer momento zubiriano, la “noesis”.

---

<sup>27</sup> Joan Carles Mèlich, o.c., pg. 14

<sup>28</sup> Daniel Innearity, “Ética de la Hospitalidad”, Península, 2001, pg. 18

<sup>29</sup> L. Boff, “El cuidado necesario”, ed. Trotta, Madrid, 2012, pg. 114

Hay que saltar al segundo momento zubiriano: habiéndonos “hecho cargo de la realidad”, ahora hay que “cargar con ella” (es el momento ético). Sin conocer a fondo la realidad, sin haber penetrado en ella de forma existencial, el análisis y el discernimiento ético traiciona a la misma. Y algo de esto ya conocemos por la historia de la ética y de la moral. En su último libro Juan Masiá, señala los momentos de rescate que se han ido dando cuando la ética se ha enredado en su propia madeja lingüística y no ha sido capaz de responder a la realidad que estaba llamada a dar respuesta. Comenta, y a mi parecer, con mucha razón que en su momento la bioética vino a salvar a una ética que se había diluído en una mera filosofía del lenguaje por parte de la filosofía, y en la repetición de sentencias por parte de la teología. Hoy, apunta Masiá, la propia bioética quizá tenga que ser rescatada por la antropología. Perdidos en mil planteamientos que la ciencia y la técnica ponen sobre nuestra mesa (en el campo de la genética, de la embriología, de los trasplantes de todo tipo de órganos –homólogos y heterólogos-, la nuevas técnicas de reproducción...), cabe hacer un alto en el camino y preguntarnos sobre qué tipo de hombre queremos, hacia qué horizonte de futuro queremos avanzar... Y desde ese horizonte de sentido general resituar todos y cada uno de estos planteamientos que la vida nos pone sobre la mesa.

Y, sobre todo, no dejar de introducir en esta reflexión de sentido la realidad social y macroeconómica que, en una situación de crisis como la nuestra, condena y excluye a multitud de personas de una posibilidad digna de vida. Nosotros hoy salimos a la calle aquejados por los famosos “recortes”. Muchos conciudadanos hoy no tienen ya nada que recortar. Y en países no muy alejados de nosotros el drama se viste, sencillamente de hambre.

Por acercarnos a este panorama desde la perspectiva de los niños, en la página web de UNICEF se nos informaba, concretamente el 10 de octubre de este mismo año que 2.267.000 niños, en España, vivían por debajo del umbral de la pobreza. Y que existían en nuestro país 760.000 familias, a día de hoy, en cuyos hogares ninguno de sus miembros tenía un trabajo remunerado. Por el contrario, nos informaba que había mejorado el índice de mortalidad infantil mundial. Pero en esas mismas fechas, la FAO indicaba que 2.500.000 niños morían de hambre al año en el mundo (16 millones en países desarrollados). Son cifras para pensar.

Y en este proceso de ‘hacernos cargo de la realidad’ (el momento ético), también hay que incorporar la compasión como categoría política en su análisis y valoración. J. A. Pagola lo manifiesta muy claramente:

***“Es necesario rescatar la compasión como principio de actuación política, liberándola de una concepción sentimental y moralizante que la ha hecho desaparecer prácticamente de la praxis política...Desde el poder todo se tiene en cuenta antes que el sufrimiento de las víctimas. Sólo se tolera la compasión mientras queda reducida a ‘obras de misericordia’ o asistencia caritativa, no cuando se la eleva a principio de política de actuación para erradicar el sufrimiento”.***<sup>30</sup>

La ética también tiene la tentación de buscarse su particular nirvana, de escaparse de la realidad sobre la que debe discernir y decidir para aislarse en el campo de las grandes proposiciones y afirmaciones, y olvidarse de esa realidad inquisitiva que le exige respuesta. Y la ética, que ha de asumir todo este previo análisis de campo tanto a nivel

---

<sup>30</sup> José A. Pagola, Ponencia conclusiva..., o.c.

social, como macroeconómico, y sobre todo antropológico, al final se ha de confrontar directamente con el ser humano que reclama una respuesta, su respuesta.

Resulta especialmente sugerente en este sentido un artículo de Joan Carles Mèlich, en un monográfico de la revista “Questions de Vida Cristiana” dedicada toda ella a la Compasión, y en la que hace una clara diferencia entre moral y ética. Según este autor corresponde a la ética confrontarse con la realidad concreta y darle respuesta adecuada. De ahí que la ética suponga una implicación directa en la respuesta que da a cada situación.

***“La ética no responde a una pregunta sino a una llamada, a una apelación. La ética es la respuesta al ruego de alguien que padece, la respuesta ‘hic et nunc’ al sufrimiento del otro (el Buen Samaritano)”.***<sup>31</sup>

De ahí se deduce que:

***“Nadie es ético de una vez para siempre. La ética no es una propiedad metafísica, sino la respuesta al otro en una situación de radical excepcionalidad”***<sup>32</sup>

Y en el atractivo e, insisto, sugerente camino que hace este autor deslindando como cirujano con bisturí la moral de la ética, llega a conclusiones que resultan muy interesantes, como cuando dice:

***“El momento actual es un momento de abundancia moral pero de escasez ética”...“Lo más terrible de los nazis no es que no tuviesen moral, sino que sólo tenían moral” (no ética)***<sup>33</sup>

Daniel Innenarity, en una entrevista en un diario nacional de gran tirada lo decía de otra forma, no por sugerente menos dramática:

***“La sociedad actual está dividida entre los que defienden sus valores sin tener en cuenta la realidad y los que gestionan la realidad sin tener valores”.***<sup>34</sup>

Cabría preguntarnos muchas veces en qué medida nuestros planteamientos éticos no pueden caer también en este ámbito, permítanme la expresión, un poco “nazi” o... no “tan poco”. Cuando nos dedicamos a aplicar grandes principios en los que, de entrada, todos estamos de acuerdo pero desconociendo las personas concretas que exigen respuestas concretas a unas situaciones concretas, frecuentemente nos abrigamos con grandes ‘sloganes’ pero dejamos desnudos a muchas personas que no precisan de grandes principios, sino de soluciones concretas.

Valga como ejemplo bien cercano al marco en el que se mueve mi institución en el gran debate sobre el valor vida. Yo no conozco a nadie de mi institución que no esté a favor de la vida, de todas las vidas y de todo momento de la vida. Y, muy especialmente de las vidas en situación de mayor vulnerabilidad. Llevamos siglos acogiéndolas y atendíendolas. Pero esas grandes afirmaciones hay que conjugarlas con las situaciones concretas de las personas concretas. Y con ello no pide uno excepciones a los principios, sino aplicaciones. Cuando se pisa a diario el mundo del Hospital, y dentro del mismo el de

---

<sup>31</sup> Joan Carles Mèlich, o.c., pg. 16

<sup>32</sup> Joan Carles Mèlich, o.c., pg. 17

<sup>33</sup> Joan Carles Mèlich, o.c., pg. 18 y 19

<sup>34</sup> Daniel Innenarity, entr. en LA VANGUARDIA (Barcelona), sec. “La Contra”, 1.6.11

las Unidades más “especiales” -Neonatos, UCI, Cuidados Paliativos, EVP...- se matizan muchas afirmaciones grandilocuentes no siempre comprometidas con las consecuencias de las mismas.

Hay situaciones especiales que nadie se interesa por ellas. Son demasiado complejas. Pero también hay que acompañarlas y darles salida cristiana y, por lo tanto, humana. ¿Alguien de ustedes tienen claros principios y, lo que es verdaderamente necesario, pautas de actuación ante la vida sexual de los enfermos mentales graves o de las personas con discapacidad psíquica o física severa?. Y les puedo garantizar que todos ellos son seres sexuados como nosotros, y con impulsos sexuales como nosotros, y no pocos de ellos con el deseo de mantener una vida sexual en algunos casos abierta a la creación de una familia. ¿Alguien de ustedes tiene respuesta para este problema en general?.

Ante determinadas reacciones de personas y grupos de Iglesia a situaciones concretas generalmente, repito, envueltos en grandes principios pero sin mayor capacidad de análisis, de comprensión, de discernimiento de situaciones, yo, personalmente he tenido la sensación de estar observando actitudes nazis. No pocas veces he tenido el mismo convencimiento moral de Mons. Müller –anteriormente mencionado en referencia a Gustavo Gutiérrez- pero con una aplicación inversa: los planteamientos de estas personas serán ortodoxos, pero no son ortopráxicos; por lo cual tampoco son ortodoxos. No se puede juzgar a las personas tan a la ligera, y condenarlas a la hoguera por sus desvíos –según su particular parecer-; involucrase en creencias, ideologías, normas, ritos...y olvidarse del hombre que hay tras ello.

Siempre me ha impresionado el encuentro de Jesús con la mujer adúltera. Al final de la escena quedan a solas, frente a frente, El y ella. Le acababa de salvar la vida, le podría haber exigido seguimiento total, la podría haber humillado...Y todo lo que le dijo fue: “¿Nadie te ha condenado? Yo tampoco te condeno; vete y no peques más” (Jn. 8, 1-11). Hoy, créanme, algunos hubieran condenado a Jesús como contemporizador con el pecado, blasfemo o vete tú a saber...

Me parece mucho más cristiano el planteamiento que la Presidenta de la Confederación de Religiosas de EEUU (LWCR), Pat Farrel, hacía en unas declaraciones a la National Public Radio:

***“Como religiosas, estamos en contacto cotidianamente con las mujeres que viven en los márgenes de la sociedad y sus vidas son más complicadas de lo que se pueda imaginar. Nuestra misión es la de ponernos al lado de los más pobres, pero sus cuestiones, como todas la realidades humanas, son mucho menos “blanco y negro” de lo que pueden ser algunas teorías. La jerarquía no tiene la tarea de pasar sus jornadas entre los que no tienen techo, pero las religiosas sí”.***<sup>35</sup>

**3.- “...Y acercándose, le vendó las heridas...lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó”. Cargar con la realidad o la caridad hecha compromiso universal e integrador.**

---

<sup>35</sup> Entrevista a sor Pat Farrell en la National Public Radio. Recopilado para internet por M<sup>a</sup> Teresa Pontera Pederiva (Roma)



Finalmente, abordamos –de forma más breve- este último paso. Y por último, el más determinante. Compromiso con la realidad, implicación en su transformación. **“Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y uno de vosotros les dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo ¿de qué le sirve?. Así es también la fe: si no tiene obras está muerta por dentro”.** (St. 2, 15-16)

Llega el momento de la praxis. Y ésta no es fácil. Pero es la que nos valida, la que certifica la autenticidad de nuestra opción, la que nos salva. Al final de nuestros días, todo parece indicar que el examen final no irá tanto de ortodoxia como de ortopraxis (cf. Mt. 25)

La Iglesia está llamada en este sentido a tomar muy en cuenta la pata del trípode que se llama la caridad, y al que acompañan el anuncio de la Palabra y la celebración de los sacramentos. Y a tomar en cuenta la caridad no como acción más o menos delegada en lo que pueda significar la importante organización eclesial, cada vez más ponderada, como es CARITAS, o en la multitud de Ordenes y Congregaciones religiosas carismáticamente forjadas para uno de los múltiples aspectos de la caridad, o en las diferentes ONG's o Fundaciones creadas con fines parecidos. La Iglesia debe introducir en su propio ADN identitario, es decir en todas “la patas del trípode” la caridad:

***"En medio del mundo post-moderno sólo una Iglesia configurada por el principio-misericordia puede ser testigo del Misterio de Dios...Se trata de hacer de la misericordia el principio que configure la teología cristiana, la celebración, el anuncio misionero y una praxis orientada a erradicar en el mundo las causas del sufrimiento injusto"***<sup>36</sup>

Arrodillarse en clave de servicio ante los hombres y, especialmente, ante los hombres necesitados, siguiendo a su Señor que se puso a lavarles los pies, será el signo inequívoco y “sine qua non” de su identidad y por el que será verdaderamente reconocida por un mundo secularizado y alejado de determinados lenguajes que hoy poco dicen. El propio Cardenal Maradiaga decía no hace mucho en una entrevista realizada por la Delegación de MCS de una diócesis de Aragón: **“hemos dejado de hablar el lenguaje del mundo actual. Cada vez menos gente nos entiende...Y la Iglesia muchas veces se reduce a un marco decorativo para ceremonias sociales”** (web de la diócesis Barbastro-Monzón, septiembre 2012).

Schillebeeckx, el gran teólogo dominico ya fallecido, incidía en esta misma apreciación:

***"El mensaje cristiano, que ya no es creíble en el mundo postmoderno, sólo tocará el corazón del hombre de hoy si éste ve a la Iglesia al servicio de la humanidad doliente y amenazada"***<sup>37</sup>

José A. Pagola, con su especial agudeza, hacía lo propio:

***"Este mensaje del Dios crucificado no será escuchado en estos tiempos de crisis religiosa si sólo pretende hacerse oír desde lo alto de la cátedra o desde el interior del templo. No podrán comunicarlo sacerdotes y levitas que cuidan la liturgia pero "dan rodeos" ante el***

---

<sup>36</sup> Jon Sobrino, “El principio misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados”, Sal Terrae, 1992

<sup>37</sup> E. Schillebeeckx, “Lo más importante de la Iglesia en el 2000”, ed. Dehoniana, Bolonia, 1999

***herido del camino. Sólo una Iglesia samaritana, cercana a los crucificados, puede pronunciar el nombre de ese Dios".<sup>38</sup>***

Recién comenzado el Año de la Fe bien haremos todos en reconsiderar este mensaje. A buen seguro que no nos faltarán celebraciones, más o menos mediáticas; se nos invitará a peregrinar a lugares santos y a confesar públicamente nuestra fe. Y nada de ello está de sobra. Pero sin olvidar que el lenguaje fundamental para la "nueva evangelización" pasa inexorablemente por el ejercicio de la caridad.

Una caridad por definición abierta a lo universal. El amor de Dios al hombre así lo es; y el correlato del hombre hacia los demás así debe serlo. En un momento de grave crisis social y económica como la que estamos viviendo, la tentación es muy fuerte: replegarnos en nosotros mismos, cerrar nuestras puertas, repartirnos ya que no el pastel –que parece consumido- sí al menos el poco pan que nos queda.

En esta línea se sitúan determinadas políticas que se han adoptado en torno a la inmigración en nuestro país, negándoles al menos en parte, servicios tan fundamentales como la sanidad. Y drásticos recortes a la ayuda al desarrollo para atender proyectos en muchos casos casi imprescindibles para sostener mínimos vitales mediante proyectos en determinados países. No seré yo quien niegue la búsqueda de la racionalidad en el uso de los medios, por lo demás siempre escasos en función de las necesidades sanitarias. Mi experiencia continua en un hospital me ha hecho testigo del uso y abuso de los mismos; quede claro que por parte de extranjeros y,... también de los nacionales.

En el campo de la distribución de recursos hace ya mucho tiempo que en el mundo de la bioética se venía diciendo aquello de que "todo para todos gratis" no era factible por mucho tiempo. Entra ahora aquí de nuevo el planteamiento ético de deslindar esa ecuación. Porque si no, siempre acaban siendo "los mismos" el factor que resuelve de forma insolidaria esa ecuación. Hay que saber mirar desde lo alto para descubrir el auténtico mapa de la pobreza, de la necesidad. Y eso, a veces, cegados por el consumismo que no atenaza, no nos resulta fácil.

***«El drama de la humanidad es que Occidente está más preocupada por los 300 millones de personas obesas que por los 842 millones que, según Naciones Unidas, literalmente mueren de hambre.»<sup>39</sup>***

Y si apelábamos a la compasión como elemento de actuación política, ahora habrá que incorporar también la hospitalidad con la misma categoría. Francesc Torralba lo afirma categóricamente: hemos de dar un paso cualitativo a nivel de relaciones humanas entre individuos, pueblos, culturas.

***“Los ilustrados franceses y germanos colocaron el valor de la tolerancia en el centro de la vida política moderna y contemporánea...se trata de un valor minimalista....(sic) En nuestro contexto social no basta con la tolerancia....se requiere un valor moral superior: la hospitalidad”. “El futuro de las sociedades occidentales depende, en parte, de la articulación real del valor de la hospitalidad en su interioridad”.<sup>40</sup>***

---

<sup>38</sup> José A. Pagola, "Testigos del misterio de Dios en la noche", rev. Sal Terrae, enero 2000, pg. 41

<sup>39</sup> Jacques Diouf, Presidente de la FAO, Discurso en la Cumbre de Roma, junio 2002

<sup>40</sup> Francesc Torralba, "Sobre la Hospitalidad", PPC, 2003, 5 y 9

Una caridad integradora. Capaz de integrarse en las muchas iniciativas que desde múltiples instituciones, grupos, iglesias y de tantas personas de buena voluntad hacen el bien. Y a veces, desde sensibilidades alejadas de nosotros (**“que no son de los nuestros”**). Nos falta ahí acoger la voz del Maestro para no impedirselo (**“el que no está contra nosotros está a favor nuestro”**, Mc. 9, 40).

La causa del hombre, cuando es auténtica, convoca a muchas personas que buscan el bien, desde diversas posiciones ideológicas y sensibilidades espirituales. Nuestra experiencia hospitalaria así nos lo confirma. Y cuando somos capaces de compartir un proyecto común en torno al servicio del hombre, la cercanía del Evangelio es manifiesta, “es que el Reino de Dios comienza a estar entre nosotros”. Conviene, precisamente, que tengamos clara la diferencia entre Reino de Dios e Iglesia. No todo lo que construye Reino de Dios pertenece a la Iglesia, ni todo lo que se hace en la Iglesia construye el Reino de Dios.

Nuestro Superior General lo tiene muy claro cuando, en su propuesta de caminar hacia lo que él denomina “la familia hospitalaria”, afirma que hemos de evitar cualquier tipo de exclusividad sobre lo que para nosotros es tan nuclear, no sólo la hospitalidad sino incluso la “hospitalidad al estilo de Juan de Dios”:

***“Los Hermanos comprendieron que la Orden no tiene “derechos de autor” sobre Juan de Dios, ya que él no es nuestro. Es de la sociedad, de la Iglesia, y tampoco la Hospitalidad pertenece sólo a los Hermanos, ya que los laicos también comparten la ‘Hospitalidad de Juan’ y aportan sus propios dones, talentos y competencia profesional, lo que enriquece el gran don de la Hospitalidad que nos ha concedido el Señor”.<sup>41</sup>***

Todo ello no excluye la valoración y defensa de la propia identidad, bien sea personal o institucional. Precisamente cuando las identidades son fuertes, pero sanas, son capaces de abrirse al otro, de compartir sin diluirse, de crecer conjuntamente, de madurar al unísono. Indudablemente, todo ello significa un proceso que tiene sus problemas, como cualquier organismo vivo que interacciona con el exterior. Pero más problema puede significar el encerrarse en el propio grupo, creando una endogamia cuya identidad al final acaba circunscribiéndose en la defensa ante los otros. La Iglesia es “sacramento universal de salvación”, tal y como la definió Lumen Gentium hace 50 años. Y como sacramento ha de ser signo en medio del mundo, de ese mundo que encierra tanta maldad y tanta bondad.

Y finalmente, esa dimensión de universalidad ha de vivirse por supuesto en el interior de nuestra propia Iglesia. En ella todos somos necesarios. Todo aporte al ejercicio de la caridad ha de ser bienvenido. Todas las dimensiones del ejercicio de la misma son complementarias. La articulación en clave política del ejercicio de la caridad no debe estar reñida con el servicio concreto, puntual y delicado que tantos creyentes, la mayoría anónimos, llevan adelante en el día a día; que tantas instituciones dentro de la Iglesia asumen como misión dentro de la misma. Recuerdo una sentencia del fallecido Cardenal Suquía, cuando en el foro de un Capítulo de nuestra Orden Hospitalaria se le preguntó acerca de lo que para nosotros suponía un dilema; él dijo: “normalmente en el ejercicio de la caridad en la Iglesia la solución no suele ser de o/o sino de y/y”.

***“Conviene acabar de una vez por todas con la falsa dialéctica que contrapone asistencialismo y promoción. Al manido relato del***

---

<sup>41</sup> Donatus Forkan, o.c., pg. 23

***pescador y la caña que suele concluir con la moraleja de que es mejor enseñar a pescar que dar peces, conviene añadirle la apostilla de que hay un momento para dar peces y otro para enseñar a pescar; que tan injusto es dedicarse a enseñar a pescar en una situación en la que llevarse algo a la boca es cuestión de vida o muerte, como donar peces a aquellos que por negligencia o vagancia se niegan a utilizar la caña”.***<sup>42</sup>

Y en este sentido cabe recordar a la inmensa lista de hombres y mujeres que a lo largo de toda la historia del cristianismo ha hecho realidad el principio del amor de Dios en el servicio a los hermanos. Un número significativo de ellos han logrado incluirse entre el catálogo de los santos canonizados y son para nosotros referentes de cómo los cristianos de toda época han sabido articular el primero de los mandamientos del Señor. Pero nuestra admiración es para ese inmenso ejército de seres anónimos que en la sencillez de su entorno se han posicionado, en la mayoría de los casos “dando peces” y en otras enseñando a pescar. Hoy continúan, en el silencio y en el anonimato, estando “a pie de obra”, cuidando al enfermo, atendiendo al necesitado, acompañando al abandonado, acercándose al excluido:

***“Tenemos que ser muy conscientes de que hay actores que marcan los tiempos de la generosidad (algunos de los grandes santos canonizados); pero que la savia de la vida es de las sociedades. Ni de los genios ni de los grandes políticos: de la sociedad civil. Los santos marcan claves, pero quien realmente tiene la vida son los santos anónimos”.***<sup>43</sup>

Y no sólo cristianos. Sino multitud de hombres y mujeres que, desde multiplicidad de creencias y opciones ideológicas, se han sumado al ejercicio, para ellos, de la solidaridad, de la justicia social, del compromiso hacia el desfavorecido. Son los que jamás pensaron que aquel a quien atendían era el Señor. Pero, en el Juicio final, se sentarán a su derecha, no tengan la menor duda.

Me permito finalizar mi intervención devolviendo la palabra a mi fundador, Juan de Dios, a quien resalta –junto con S. Camilo de Lelis- el propio Laboa en la entrevista que le hace Religión Digital, por su atención a los enfermos -**“porque –dice-, la enfermedad, desde tiempos de Jesús, es uno de los elementos que más degrada, que da más angustia y más dolor a los hombres”**. Repito sus palabras con las que he dado título a esta presentación:

***“Tened siempre caridad, porque donde no hay caridad no hay Dios, aunque Dios en todo lugar está.”***<sup>44</sup>

---

<sup>42</sup> José Laguna, “Hoja de Ruta Samaritana para otro mundo posible”, cuadernos “Cristianisme i Justícia”, nº 172, febrero 2011, pg. 20

<sup>43</sup> Juan M<sup>a</sup> Laboa, entr. en RELIGION DIGITAL con José M. Vidal, 30.XI.11

<sup>44</sup> “Cartas de S. Juan de Dios”, Carta a Luis Bautista, nº 15, ed. Interna OHSJD